

LOS CIEGOS

14

REVISTA MENSUAL
AL TYFLOFILA HIS-
PANO AMERICANA

SUMARIO

LA VISIÓN ANOFTÁLMICA, por el Dr. Max Nordau.—¡CEGAR! (poesía), por Alberto A. Cienfuegos.—CIEGOS CONTEMPORÁNEOS: DE MI VIDA PASADA, por Zacarías López De besa.—NOCHE..., por Oscar G. Ribas.—VARIOS CIEGOS, por Ramón Gómez de la Serna.—LA EDUCACIÓN FÍSICA DE LOS CIEGOS, por el Dr. Truc.—LA CEGUERA IRREMEDIABLE Y LOS OPTALMÓLOGOS, por Ramos de Magalhaes.—LA VIDA Y LOS CIEGOS: SIMARRO, por Antonio M. Cubero.—GLOSARIUM, por A. L.—ECOS.—LOS CIEGOS (cuento), por R. Maluenda.—DIBUJOS de Victoria de Matinowosca, Adela Carbone, Groizard y varias FOTOGRAFÍAS.



MARZO 1948

25 CÉNTIMOS

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN A ESTA REVISTA

España

Extranjero

Semestre. 1,50 pesetas. * Año. 4 pesetas.

Compañía Colonial

Indisputable superioridad en
CHOCOLATES
café molidos y en
grano, té, tapiocas.

CASA FUNDADA EN 1854

VISITAD LA GRAN SASTRERÍA

DE

LEONCIO VARGAS

Allí encontraréis los últimos figurines y trajes a medida a precios muy económicos. Inmenso surtido en paños y panas. Sección completa en ropas hechas. Se surten colegios.

Calle de Toledo, 43.---MADRID

(Junto a la Iglesia de San Isidro y frente al Café.)

DE INTERÉS GENERAL

Todo el mundo puede ir decentemente vestido y tener su casa confortablemente amueblada, comprando á **PLAZOS** en los grandiosos y bien surtidos almacenes que

FÉLIX GÓMEZ

Tiene abiertos al público en la calle

Conde de Romanones, 3 y 5, bajo.

Camas **MM** Muebles **MM** Sastrería **MM** Tejidos
Relojes **N** Zapatería **M** Mantones **M** Gramófonos

A plazos **Teléfono 22-91** A plazos

Lámpara de filamento metálico **ELECTRA** la mejor y más económica del mundo

PEDIDLA EN TODAS PARTES Y MUY ESPECIALMENTE
Á LOS COMISIONISTAS CIEGOS

Depósito: Reyes, 12, Madrid



Los CIEGOS

REVISTA MENSUAL
AL TYFLOFILA HIS-
PANO AMERICANA

DIRECTOR-FUNDADOR
ANTONIO LAS HERAS HERVÁS

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
EGUILAZ. 5, PRINCIPAL

Año III

Madrid, Marzo 1918

Núm. 14

La visión anoftálmica

SE puede ver sin ayuda de los ojos? ¿La imagen del mundo exterior puede llegar al cerebro e integrarse a la conciencia por otro conducto que el del órgano cuya función consiste en recibir las vibraciones luminicas y transmitir las a los centros perceptores?

La pregunta parece absurda. Empero, los místicos, los ocultistas y espiritistas contestan: Sí, se puede ver sin auxilio de los ojos. Y citan un gran número de casos en que este aparente milagro se ha realizado. Evidentemente, dicen, no es un fenómeno corriente. Todo el mundo no puede prescindir de los ojos para ver, pues se necesita para ello una disposición especial y circunstancias particulares. Sobre todo en el sonambulismo, no es raro observar la visión anoftálmica, es decir «sin ojos». Los individuos que se encuentran en ese estado leen libros, periódicos, cartas, en la más profunda obscuridad y con los ojos cuidadosamente vendados; escriben en las mismas condiciones, revisando su borrador y modifican el texto colocando la corrección exactamente encima de la palabra borrada. Hay sujetos que para leer con los ojos vendados pasan las yemas de sus dedos sobre las líneas; otros se colocan la escritura en la boca del estómago u oprimen su frente con ella. Los hombres que afirman haber observado estos hechos y certifican de su autenticidad son, entre otros, el marqués de Puységur, el obispo de Burdeos, Víctor Hugo, Alejandro Dumas (padre), Delaage, Camilo Flammarion, en Francia; Podmore, Sykes, Sir Oliver Lodge, en Inglaterra; Aksakoff en Rusia. Son estos testigos que no se sabría recusar *sans autre forme de procès*. Su buena fé está por cima de toda refutación. La única observación que cabe formular es la de dudar si tomaron todas las precauciones necesarias para no ser víctimas de una ilusión o de una fraudulenta superchería.

Dos objeciones se formulan inmediatamente. En ningún caso el sujeto que leía y escribía en la obscuridad, con los ojos vendados, las yemas de los dedos, la boca del estómago a la frente, era ciego. Tenían todos sana la vista y los ojos normales, y en todos los casos la experiencia se ha realizado en presencia de la persona que provocaba en el sujeto el sonambulismo. En el siglo XVIII este hombre era el magnetizador: Mesmer; en el siglo XIX fué el hipnotizador: Alexio. Mas siempre se trataba de un profesional que se ganaba la vida dando representaciones públicas de su arte. Estas circunstancias son altamente sospechosas. Los prestidigitadores, cualquiera que sea su clase, poseen artimañas profesionales que escapan a la atención de los no iniciados.

Admitamos el hecho por un momento. Aceptemos la afirmación de los espectadores de que no hay fraude. ¿Qué explicación podemos dar al hecho?

Se han propuesto numerosas y variadas. Las escépticas que rehusan la convicción del milagro, ofrecen soluciones racionalistas al problema. Otros aseveran que las vendas que cubren los ojos del sujeto, a pesar de estar provistas de una espesa manta de algodón en rama, no tapaban herméticamente los ojos, y permitían ver; otros afirman que el sujeto sabía de memoria el texto que pretendía leer sin ayuda de la vista; otros que existe previo acuerdo entre el hipnotizador y el paciente, y que el primero, por medio de un sistema convenido, daba al segundo indicaciones necesarias que quedaban ignoradas de los presentes. Todas estas insinuaciones, demasiado cándidas, no merecen atención especial. Pudieran ser de la misma categoría que la salida de un miembro de la Academia de Ciencias de París, que en 1878, después de haber escuchado el fonógrafo recientemente inventado por Edison, exclamó ante su representante y en plena sesión que consideraba indigno de la dócta Academia burla tan grosera como presentar como aparato maravilloso lo que en realidad era obra de un ventrílocuo.

Otros defienden el criterio de que los individuos se equivocan al creer leer; no ven el texto que tienen ante sí; leen, en realidad, en la conciencia, en los centros cerebrales de su hipnotizador, un escrito bajo sobre; es un caso especial de adivinación del pensamiento; es un fenómeno del mismo orden que la telepatía, la doble vista, la visión al través de cuerpos opacos; es la manifestación de una facultad del espíritu humano que no se revela, sino excepcionalmente, aunque esté quizá desarrollada imperfectamente, o sea tan sólo patrimonio de algunos individuos. Todos no aceptarán esta teoría, porque la telepatía, la visión a distancia, la doble vista, la adivinación del pensamiento, etc., no son sino hipótesis cuya realidad pueda ser admitida y comprobada científicamente. Querer interpretar la visión anoftálmica como forma de adivinación del pensamiento, es explicar un fenómeno misterioso por otro fenómeno mucho más misterioso todavía.

Algunos no vacilan en clasificar la vista sin ayuda de los ojos dentro de los hechos sobrenaturales, con la evocación del espíritu de los muertos, con la adivinación del pasado y porvenir y consideran ese fenómeno como nueva prueba de la existencia de un principio inmortal e inmortal en el hombre, que sería la esencia misma de la vida, que se encontrara en el fondo de todas las funciones intelectuales y podría prescindir de los órganos corporales para ejercer sus facultades y suplirlos.

No creo que sea conveniente seguir a los crédulos en este terreno. Los que expresan tales teorías no traen la menor prueba susceptible de comprobación objetiva y se contentan con afirmar. Nos encontramos en presencia de profesiones de fe subjetivas que no deben ser discutidas en serio.

Algunos raros comentaristas de hechos referidos por los historiadores, no se deben desear. Colocándose en el punto de vista científico y empleando el lenguaje de la fisiología, el hecho de ver sin los ojos no tiene nada de absurdo; no contradice a las leyes biológicas conocidas. El protoplasma de la célula viva está dotada de una cualidad fundamental: la sensibilidad. Esta sensibilidad no está ni especializada ni diferenciada; es general. El protoplasma recibe las impresiones del mundo exterior y corresponde a ellas con sus movimientos. Percibe los contactos,

las vibraciones del éter, las ondulaciones del aire, las emanaciones de los cuerpos químicos; distingue el calor del frío, ve, oye los sonidos y registra los olores y sabores; mas todas estas sensaciones son extraordinariamente vagas. Para hacerlas más precisas, el organismo ha debido perfeccionarse. El esfuerzo ha constituido la evolución.

En el transcurso de la evolución, el organismo monocelular ha *devenido* una asociación de células más o menos numerosas, hasta llegar a millares en los grandes mamíferos. Al aglomerarse, unirse, las células han sacrificado su autonomía, han adoptado el método de la división del trabajo. Se reparten la tarea, cuyo fin y resultado es la vida del organismo colectivo. Cada una no desempeña ya sino su función, y se hace incapaz de trabajar en las demás misiones del proceso

vital. Por el contrario, al especializarse, la célula se hace capaz de cumplir su trabajo particular mucho mejor que su antecesora, la célula primitiva no diferenciada. Así la sensibilidad general inicial, muy tosca y extremada, se aumenta y afina, especializándose. El ser viviente desarrolla en ciertas células la receptividad para una sola categoría de sensaciones y se hacen in-

sensibles a las demás. Así se forman poco a poco los sentidos, que acaban por localizarse en aparatos muy complicados, minuciosamente adaptados al género de trabajo que tienen que hacer. La visión, para referirnos a este solo sentido, dispone de un órgano de recepción, el ojo, cámara oscura altamente perfeccionada donde los rayos luminosos penetran por una abertura móvil, la pupila, que puede ser dilatada o contraída por el músculo del iris, atraviesan la lente biconvexa, cuya curvatura es constantemente variable y los hace convergentes, y vienen a proyectarse en el fondo negro, tapizado por la membrana llamada retina, formando una imagen coloreada, muy empujada de la parte del mundo exterior, colocada ante el ojo. A este órgano de recepción se une otro de transmisión: el nervio óptico que conduce las impresiones de la retina, pero es diferente, a toda otra impresión, y este transmisor llega al cerebro —centro óptico— y condensa las imágenes enviadas por el fondo del ojo, las transforma en representaciones mentales, las integra en la conciencia y las almacena en la memoria. En realidad, es el cerebro el centro óptico, el que ve



CAMPO DE DEPORTES DEL INSTITUTO NACIONAL DE CIEGOS
GENERAL ARTIGAS, DE MONTEVIDEO (URUGUAY)

realmente; el ojo no ve, refleja las imágenes pasivamente, como un espejo; el nervio óptico tampoco ve, no hace sino conducir las impresiones del ojo como un mensajero que no sabe lo que lleva; por el contrario, el centro óptico aprehende y comprende las impresiones lumínicas que le son transmitidas, desempeña la función para la cual debió ser suficiente la célula primitiva mediante su sensibilidad general rudimentaria, más la desempeña incomparablemente mejor; porque mientras la sensibilidad general no puede sino distinguir la viva claridad de la oscuridad absoluta y quizá tener noción del color, el centro óptico del cerebro, gracias a la sensibilidad agudiza por la diferenciación, el ojo es capaz de aprehender, de interpretar y de apreciar los más delicados matices de luminosidad y de color y de adquirir por la facultad de comprender las formas, de ver estereoscópica y perspectivamente, es decir, de formarse la noción de relieve de los cuerpos y de los planos diferentes y de la distancia.

Tal es el mecanismo de la visión normal en los seres que ocupan lugar elevado en la escala zoológica, por consiguiente, en el hombre que se halla en su cima. Mas si por consecuencia de la evolución la sensibilidad se ha diferenciado y se encuentra concentrada en órganos especiales, no quiere decir que esté abolida en el protoplasma de todas las células. El protoplasma conserva su facultad primordial, o sea, su sensibilidad general, pero, dedicado a su especial función, descuida aquella en beneficio de las células adecuadas a cada tarea y diferenciadas para servir determinado sentido. Sin embargo, circunstancias poco o mal conocidas, pueden dar lugar a que la sensibilidad general del protoplasma celular se despierte, avive y agudice y pueda recibir del mundo exterior una impresión utilizable por el cerebro. ¿Cómo es transmitida al cerebro esta impresión al centro cerebral en donde solamente tiene carácter consciente? Es imaginable que los nervios, aunque normalmente diferenciados y aptos tan solo para conducir vibraciones de determinada especie puedan, sometidos al efecto de las mismas causas todavía inexplicadas, devolver al protoplasma celular su sensibilidad primitiva y hacerse conductores de vibraciones especiales que de ordinario no transmiten al cerebro. De esta manera cualquier célula epidérmica puede ver, es decir las impresiones luminosas y sentir las, y cualquier nervio periférico puede transmitir estas impresiones luminosas a la médula espinal o a los ganglios simpáticos y finalmente al cerebro. De tal manera podría leerse con la boca del estómago, la frente, las yemas de los dedos o cualquiera otra región de la superficie del cuerpo.

Esta hipótesis, que pretende ser científica, tiene en su fundamento una falta importante; acepta con credulidad no científica como punto de

partida una afirmación que necesita comprobación rigurosa por parte del que abrigue el menor intento crítico, y no arriesga asomo de explicación de aquello que principalmente requiere ser explicado o sea la causa especial que por excepción presta a las células epidérmicas una sensibilidad general latente desde que la evolución ha producido los aparatos especiales de los sentidos, y a los nervios periféricos la facultad de transmitir las vibraciones luminosas, función que parecía reservada a los nervios ópticos.

En suma, el hecho de la visión sin ojos permanece bastante oscuro a pesar de los testigos fidedignos que le atestiguan, y las explicaciones que sobre él se emiten, no son admisibles. Sin embargo, si el escepticismo está imperiosamente indicado, la negación absoluta sería imprudente. La ciencia ha realizado en estos últimos lustros descubrimientos tan sorprendentes que debemos estar preparados a múltiples maravillas.

Nos queda el derecho de soñar. ¡Cuántos sueños de espíritus proféticos tachados de fantasistas y altamente ridiculizados han llegado a ser realidades con las cuales el mundo entero se ha familiarizado! La aviación fué soñada por los antiguos que nos legaron el mito de Dédalo e Icaro; por Leonardo de Vinci, que acerca de ella hizo cálculos y dibujos; por Cyrano de Bergerac que sobre su tema ha hecho glosas grotescas. La leyenda del profeta Elías, arrebatado en un carro de fuego, hace pensar en la locomotora; la trompa helada del Barón de Münchhausen que suena alegremente cuando el calor *funde* sus notas, esboza el fonógrafo; la fotografía, la telegrafía sin hilos, la transparencia de los cuerpos opacos por los rayos X se encuentran predichas en las viejas consejas; más cercano, Julio Verne a descrito minuciosamente la navegación submarina veinte años antes de construirse el primer sumergible y H. G. Wells ha anunciado los bombardeos aéreos antes de la invención del conde Zeppelin. ¿Quién nos dice que no ha de encontrarse medio, por la aplicación de la radioactividad o por cualquier otro procedimiento insospechado hasta ahora, de despertar y excitar la sensibilidad de un punto determinado de la superficie cutánea a tal grado, que se haga capaz de registrar las impresiones luminosas y transmitir las al cerebro? La visión sería bastante imprecisa; quizá no llegara a determinar netamente los contornos de los objetos, pero puede que bastase para dar a los centros ópticos imágenes borrosas y permitir a los ciegos orientarse y guiarse en la vida cotidiana. ¿Quién osaría afirmar que lo que hoy parece sueño extravagante no sea mañana realidad corriente?

En consecuencia, soñemos y esperemos.

Dr. MAX NORDAU.

¡CEGAR!

Hermano ciego: De lazarillo
quiere servirte mi propio amor.
Iremos juntos, juntas las manos
y entonaremos igual canción.

Por las llanuras y los caminos
luz de tus ojos será mi voz
y con el fuego de mis palabras
haré a tu pecho llegar el sol.

¿Cómo concibes este paisaje?
¿Cómo adivinas aquella flor?
¿Crees, como el niño, que las estrellas
son almas buenas que ven a Dios?

Deja que mienta tu fantasía;
deja que sueñe tu corazón;
quizás no vale Naturaleza
ese tesoro de tu candor.

Amas las cosas sin explicarte
ni cómo existen ni cómo son,
y allá en el fondo de tu conciencia,
huerto cerrado que floreció

sin que lo externo lo profanara
ni lo turbase ningún rumor,
todo es más bello, porque lo alumbra
la luz divina de la ilusión.

Yo sé que tienes horas muy tristes,
yo sé que sufres, sé tu dolor
y lo terrible de esa amargura
que en noche eterna te condenó.

Y adivinando tus pesadumbres,
no por instinto de compasión,
sino por verme libre de ellos,
¡quisiera darte mis ojos yo!

Eran mis ojos espejos claros
que reflejaban el resplandor
de otras pupilas dulces y bellas,
que la insaciable muerte cegó.

Mis pobres ojos lloraron mucho,
fueron regatos de mi aflicción.
Mas hoy no tienen ni ese consuelo,
¡porque hasta el llanto ya se secó!

Y abiertos siguen, abiertos siempre;
como los tuyos, sin expresión.
Si el sol no copian de sus pupilas,
¿por qué las hiere la luz del sol?

Por eso quiero librarme de ellos.
Quizás tú logres dicha mayor.
Hermano ciego: ¡Toma mis ojos
y dame, en cambio, tu corazón!

Alberto A. CIENFUEGOS

Ciegos contemporáneos

De mi vida pasada

DIFÍCIL ha de ser para mí la tarea de decir algo de mi vida pasada, llena de contrariedades, de trabajos y de amarguras, como la vida de todos los trabajadores y doblemente cuando como a mí les acompaña algún infortunio, pero sin grandes ni trágicas accidentaciones, merced al cariño y a la ayuda que hasta ahora no me ha faltado de mis buenos padres.

La responsabilidad de la inmodestia de estas líneas, caiga sobre los fuertes hombros de mi amigo Las Heras, cuyas indicaciones yo siempre obedezco, porque, como ahora, siempre persiguen algo que es amor, que es arte y que es interés social.

Ojalá que mi esfuerzo individual sirva para algo más que para mi bienestar. Siempre fué constante aspiración de mi espíritu, el unir mi modesto trabajo a la causa de mis hermanos los que no ven. Cuantas veces interpretando a Bach, a Beethoven, a Chopin y a Wagner, mis clásicos favoritos, he sentido la enorme tragedia de la ceguera, y cuántas veces la elocuencia armoniosa de estos acordes maestros llevó la paz, la alegría y el llanto a mi alma ansiosa de amor y de vida.

Nací en Zaragoza en 1879 y al venir al mundo traje una enfermedad cruel a la vista y por más esfuerzos de la ciencia a los cinco días quedé ciego.

Mi madre, a los cuatro años, me enseñó a leer y contar y a los cinco asistí al Colegio de

Ciegos establecido en aquella población por D. Antonio Arellano.

Mis padres se preocupaban de mi porvenir que lo veían nebuloso, y gracias a la providencia que me compensó, manifesté aficiones y aptitudes para la música, pues a los cinco años me llevaron al teatro y oí *La gran vía* y

al día siguiente en piano juguete de cristales, tocaba la jota de los ratas y otros números, y ya los autores de mis días me compraron un piano y en él me entretenía en querer tocar cuanto oía y bajo la dirección del señor Arellano y de mi particular maestro D. Enrique Malumbres, me aficioné al piano, y a los seis años tocaba la *Flor del Valle*, de Zabalza, ocupándose muy laudatoriamente la Prensa de Zaragoza, cuyos recortes conservo, merced al interés y entusiasmo paternal.

Desde entonces no tenía otra obsesión que la música y el piano y gran deseo de tender el vuelo y venir a Madrid, muy a gusto de mi madre; pero con reparos de mi padre, que me decía que a qué venía a Madrid, y yo le contestaba que a meter

ruido, aunque carecíamos de influencias y capital.

Vine a Madrid el año 1891, en el mes de Septiembre, y en Enero siguiente conseguí darle un concierto al piano a S. A. R. la Infanta doña Isabel, interpretando una fantasía de *Africana*, otra de la *Favorita*, la *Flor del Valle*, de Zabalza, y la *Pasquinada*, de Go-



ZACARÍAS LOPEZ DEBESA

Notable concertista, compositor y maestro ciego, que lucha bríosamente por el arte, y que a sus muchos triunfos ha sabido unir siempre la causa de sus hermanos de infortunio.

tohal, y quedó tan prendada S. A., que durante cuatro años me protegió, costeándome el maestro de piano.

Fuí dos años alumno del Colegio Nacional de esta corte, en cuyos exámenes de final de curso obtuve las más altas calificaciones.

Estudié mucho, y a los quince años desempeñaba ya la plaza de pianista en el antiguo café de Bilbao, ganando 4 pesetas.

En 1902 estrené en Molinó Rojo una zarzuela, titulada *Angeles*, que fué un éxito; en 1906 estrené en el Cómico otra zarzuela de costumbres aragonesas; en 1907, y también en el Cómico, estrené *El músico ambulante* en colaboración con el maestro Foglietti; en el mismo año, y en la Princesa, estrené el *Lunes de Carnaval*; de todas ellas se ocupó la Prensa muy entusiásticamente, y previo a esos estrenos estudié, con el profesor del Conservatorio D. Antonio Llanos, Armonía y Composición, terminando toda la carrera superior de la música.

Tuve un intermedio y me dediqué al amor, contrayendo matrimonio, del que Dios y para mi felicidad, me ha dado dos hijos, Pilar y Pepe, que son nuestro encanto.

Con motivo de unas oposiciones que iba a hacer, me convenía aprobar oficialmente la carrera de piano, y después de muchos pasos e influencias cruzadas, conseguí matricularme en el Conservatorio y aprobar en un día los ocho años de piano con calificación en todos de sobresaliente, y esto me valió poder concursar aquel año en el anunciado entre los sobresalientes del último curso, para optar al premio de un piano cola de salón de la casa Ortiz y Cusso, de Barcelona, teniendo la suerte de haberseme concedido el piano, que conservo en mi casa.

En 1909 fui contratado por la Filarmonía de Zaragoza para dar dos conciertos; más tarde dí uno aquí en Madrid, y de todos se ocupó la Prensa muy benévolamente.

Después estrené en Barbieri una zarzuela que tuvo gran éxito, titulada *El leñador*, cuyo protagonista estaba a cargo de Julio Ruiz.

Más tarde, estrené en Novedades otra zarzuela titulada *El zagalillo*, que la están poniendo en escena en Buenos Aires y se ha remitido material de ella a México, y en este año, he estrenado otra titulada *La cruz de los rosales*, que se está representando en Martín, donde se estrenó.

Los lunes y viernes, hace muchos años, doy recitales de seis a ocho en el Círculo Militar; todos los días, por la noche, en el café Español; y tengo también algunas lecciones.

Tengo, además, un cuarteto para cuerda y

piano que presenté a un concurso en la Filarmonía, una sinfonía que presenté en el concurso de Bellas Artes y unos vales que me laurearon en un concurso abierto por el *Heraldo de Madrid*, y una misa a cuatro voces y gran orquesta.

Mi arte he querido que sea algo español, de nuestras grandezas y de nuestras calamidades, de nuestra aristocracia y de nuestro pueblo, de nuestro calor y de nuestro dinamismo. Admiro a Chapí, a Caballero y a Chueca, y veo a nuestra raza elevada en Granados y Albeniz.



Sobre el problema social de la ceguera en nuestra patria, yo siempre opiné que se trata de una cuestión solamente educadora; edúquense a los ciegos adecuadamente y ellos serán útiles para cualquier ramo de ocupaciones a las que éstos pueden dedicarse. La organización social que los trabajos de los ciegos necesitan para su existencia es una consecuencia natural de éstos que necesariamente surgen después de ellos, bien en instituciones protectoras, bien en asociaciones sindicalistas. Y la acción benéfica precisa para atender a los ciegos inútiles por su vejez o por otra forma de inutilidad, debe ser conseguida por fórmulas de previsión que éstos deben tener en su vida más fuerte y por la ayuda de la función benéfica del Estado.

Y a esta opinión ajusté mi acción particular y mi labor social en las distintas sociedades a que he pertenecido y que ahora ha cristalizado lo más perfectamente posible en el Bazar de los Ciegos, del que inmerecidamente soy Director de la Sección artística.

Vivo amante del arte, de mi familia y de las cosas que me rodean; procuro hacer cuanto puedo, soy socio de mérito del Centro Instructivo y Protector de Ciegos, en donde he desempeñado los cargos de Profesor de Conjuntos y Director de Estudios, socio honorario del Fomento de las Artes, tengo treinta y nueve años y todavía pienso llevar a cabo muchas cosas que en mis ratos de meditación he planeado.

Y cuando mi hora llegue, me gustaría tenerla tranquilidad de haber cumplido con mi misión, y mi gozo sería infinito si en mi haber pudiera contar con algo puesto al bienestar de los demás, al engrandecimiento de mi patria y a nuestra rehabilitación social.

Zacarías López DEBESA

Noche...

«Para mi vista fúnebre no existe
más que un solo color, y es el del duelo.»

GRANDE y sentida verdad del inmortal poeta inglés, que mientras llevaba en la retina una perpetua noche, se abría en su imaginación una eterna alba inspiradora. Luz, prodigiosa lluvia de luz, que alumbraba el sendero y que dió aquel astro que al través de las historias fulgura con más ardor y que se llama el Paraíso Perdido. No hay ciego que no tenga algo de poeta. ¿Quién de ellos no siente en su corazón un poco de dolor? Y nada más inspirador, nada que sea una fuente de la más alta poesía, que ese genio adusto del cual todos queremos huir y bajo cuyas alas encontramos, al fin, un abrigo para la última esperanza.

Y cierto que es poeta, que para serlo no se necesita la estrofa, que más grande lo puede ser el alma que no la escribe, pero que no la piensa, pero que es carne viva

de esa misma poesía, carne de angustia, aroma de tristeza, flor siempre abierta a esa inmensa pena que es como un sol cuya luz cayera sobre un abismo. Ciegos son los que no ven, pero más ciegos todavía son los que no sienten.

Hay dos clases de ceguera: la de los sentidos y la del espíritu. Apesadumbra la primera y nadie es indigno por tenerla; y la ceguera del alma, que puede dar bienestar en el presente, cierra el porvenir, estrecha el horizonte y empequeñece al hombre hasta el extremo de

hacerlo desaparecer ante el mismo hombre y ante el corazón del mundo.

Si hay una honda pena, no puede serla más grande que la de quienes habiendo visto un día gozoso la imagen de lo que más amó, se hallan condenados a vivir en una eterna espera, sabiendo que no la verán jamás, que únicamente tendrán esa imagen en la retina, la cual se irá desvaneciendo lentamente y transformándose en un trazo de recuerdo, tan

sólo de recuerdo. Resignarse a pensarla y no verla, a que no se renueve, a sentirla cada día más cerca de su corazón y cada segundo más lejos de sus ojos. ¡Oh, dulce horizonte, infinito horizonte, que fuiste visto una vez y que de golpe, como un estigma del destino, te acercaste, atropellándolo todo hasta atravesar los dolientes párpados! Cuánto se daría para que volvieras de nuevo elástico y sutil a tu lugar primero, lejos, tan lejos y tan cerca al mismo tiempo, como lo está Dios.

En el fondo de la noche hay una lucecita encendida que guiña suavemente, como si fuera apenas una

felpada caricia de luz: es el recuerdo de todo lo que vivió fuera de esa pobre alma y que amorosamente se domicilió dentro de la misma.

Mas no importa; si hay fatalmente una noche en los ojos de los ciegos, existe igualmente como noche que es, estrellas blancas y escilantes estrellas que, por dicha, alumbran su pensamiento como una vibración de alegría: estrellas de justicia, de humanidad, de amor. Noche detrás de los párpados; pero día frente a su alma.

Oscar G. RIBAS



LA MEDITACIÓN DE UN CIEGO, por Victoria de Malinowska

VARIOS CIEGOS

LA IMITACIÓN DEL CIEGO

De pequeños nos gustaba ser ciegos, cieguccitos; encontrábamos una gran delicia interior en eso... Nos dejábamos llevar por un amiguito con los ojos cerrados, poniendo una cara mística y apiadable—mística y apiadable para nuestro uso interno, juro inefable!—, y así andábamos un buen trecho de calle cuando volvíamos a casa al atardecer... ¡Aun ahora, nos sería grato que un buen amigo que nos entendiese, humano y grande, nos diese el brazo y nos cuidase mientras nos hacíamos los ciegos y paseábamos así por el atardecer tan humillante y tan descarado de la ciudad!...

EL CIEGO EXTRAVIADO

El pobre violinista ciego se extravió aquella noche. Apasionado por su violín, oyéndole como un enamorado, se perdió por su música fuera de la ciudad.

Vi... viviiii... vi... viiii... vi... viiii...—sonaba su violín y seguía andando por los vertederos lejanos, allí donde ya solo de vez en cuando hay un farol sobre un tronco de madera...

Vi... viiii... viiii... vi... viiii... viiii...—seguía sonando su violín y él sin dejar de andar hasta que llegó al borde del precipicio... Toda la soledad del campo se levantó asustada, toda la sombra sensible se encrespó como una ola, todo el silencio de la noche le hubiera querido ayudar, le hubiera querido retener pero no pudiendo, desesperado se hizo un silencio magno en la noche mientras el pobre violín tocaba desgarradoramente... Después, el ciego dió el paso fatal y mientras el arco daba una terrible y última nota falsa, el ciego se precipitó en el abismo.

EL CIEGO BELLÍSIMO

Aquella mujer repulsiva y fea se casó con el ciego de una belleza leonardesca. No le dejaba a solas con ninguna mujer y como aquel ciego no pudo tocar ningún otro rostro de mujer que el de la suya, no tenía idea de la medida. El lazarillo tenía órdenes severas de no dejar que se acercase a ninguna mujer y él, sabiendo lo celosa que era ella, huía de todas.

Un día en el museo de escultura acarició el rostro de una Venus y asombrado y repugnado, cuando llegó a casa, estranguló a su mujer, indignado del irreparable engaño.

LOS CIEGOS DEL SEXTETO

El violón llevado en andas por los pobres ciegos, dos cogiéndole por la cabeza caída con la melena de clavijas colgando y otros dos cogiéndole por los pies, todos ellos dirigidos por un guía indiferente de ojos vivos, y seguidos por un grupo final de tristes asistentes al sepelio, todos unidos entre sí por las manos afectuosas que se apoyan en los hombros, formando así una larga guirnalda inseparable que comienza en el guía aburrido—como el cochero del entierro—y acaba en el último, que es el más jorobado por la fatalidad, el que arrastra más los pies, el que va más vestido de duelo, parece ser—¡pobre violón!—un desgraciado muerto de cuerpo presente, al que conducen sus compañeros a través de la ciudad distraída, viva y banal... Todos, en el simulacro de entierro, parece que van apesadumbrados, con la cabeza abatida y el cuerpo doblado hacia la tierra, como compungidos, abrumados y con los ojos arrasados... ¡Aparente acto fúnebre, melancólico, digno, dulce y piadoso!... ¡Apaisado cuadro sentimental, de una fuerza inolvidable y lamentable!... Trajes absurdos, sombreros hongos estupefactos y tristes, una levita llorosa, violines como a la funerala, flautas calladas, instrumentos lánguidos y silenciosos, en señal de respeto... ¡Entierro como de un oscuro, noble y desgraciado artista inefable!

LAS MANOS DE UN MENDIGO CIEGO

Sus manos eran unas manos descomedidas, como crecidas también en el abandono, en la ceguera y en el descuido. Sus dedos eran largos y rectos, unidos los cuatro flacos como indisolublemente, porque aquellas manos, que pedían siempre, no se desperezaban ni se aflojaban nunca. Rígidas, se extendían una a cada lado, orientadas en distinto sentido, para pedir a los que entraban por la puerta de la derecha y a los que entraban por la de la izquierda. No descansaban. No se frotaban ya una contra otra. Pasaron aquellos años de gran inquietud en que se impacientaban, en que a veces se dedicaban a un amor fraternal, en que perseguían la limosna volando en el aire, buscándola, olfateándola, tanteándola, elevándose y descendiendo, siguiendo los pasos del que salía o buscando por el intersticio de las puertecitas interiores la caridad del que pasaba el dintel de la segunda puerta sin dar limosna.

Ramón GOMEZ DE LA SERNA

La educación física de los ciegos

Los ejercicios físicos son hoy, más que nunca, recomendados y practicados; pero, sin descuidar los géneros atléticos y las luchas deportivas, se tiende generalmente a darles un carácter más metódico y fisiológico.

Estos ejercicios, útiles a todos, son indispensables para aquellos que por causa de su constitución o de su profesión están obligados a una vida sedentaria e inactiva.

Hallándose en tal caso los ciegos, la gimnasia es para ellos de una imperiosa necesidad, tanto más que ésta se encuentra fácil y prontamente a su alcance bajo sus diversas formas; mas es conveniente, sobre todo para los individuos jóvenes, encauzarlos hacia la práctica de ejercicios que contribuyan a corregir los defectos corporales resultantes inmediatamente de su falta de vista.

El ciego está obligado a largos estudios profesionales o generales; anda, corre, salta y se mueve con menos soltura que un vidente; su aspecto es defectuoso; su caja torácica y su capacidad respiratoria dejan a menudo mucho que desear.

Debe ser fomentado, sobre todo, el desarrollo torácico, pues según ya he afirmado otras veces, tanto en los sujetos sanos como en los tuberculosos, el tórax se halla en evolución continua en cuanto a forma y capacidad pulmonar. Es redondo en el niño, aplastado en el adolescente, ancho en el adulto, cuadrado en el anciano, variable de ángulo xifoideo, y es cónico de base superior o cilíndrico con ángulo xifoideo reducido en los individuos inferiores con predisposición tuberculosa.

El pleno desarrollo torácico es hijo de una buena constitución; pero el ejercicio, por medio del desarrollo pulmonar y respiratorio,

consolida esa constitución y favorece la excelencia inicial.

La carrera, como ejercicio favorable al desarrollo torácico, merece ser recomendada especialmente, así como el canto y el empleo de ciertos instrumentos de viento.

La carrera en su más amplio sentido, comprende la marcha, el salto, el ciclismo, la pelota y el balompié; en nuestro estudio la limitamos a la carrera propiamente dicha, es decir, al paso gimnástico más o menos acelerado, excluyendo la de velocidad, inconveniente para el ciego.

La carrera gimnástica por el continuo esfuerzo que exigen la propulsión y elevación del cuerpo en cada pisada, constituye un ejercicio bastante violento; la circulación se acelera, la respiración se precipita y la fatiga sobreviene. La integridad cardio-vascular y pulmonar del corredor es necesaria; pero con ejercicios moderados y metódicos, las funciones respiratoria y circulatoria se regularizan, desarrollando la caja torácica.

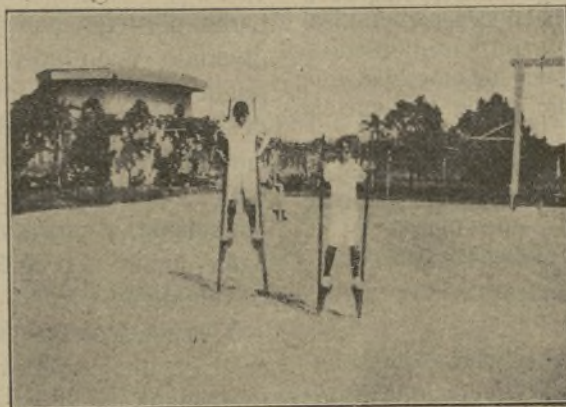
Decía Marey en una notable conferencia dada en el Congreso Internacional de Copenhague, que la carrera sofoca bastante en un principio y provoca violentas pal-

pitaciones, mas luego acaba en aquellos que a ella se acostumbran a no producir ni disnea ni latidos cardíacos exagerados. En el corredor profesional, las inspiraciones no son más frecuentes, pero sí más profundas; la capacidad torácica llega a ser casi doble, y cuando se ha adquirido este hábito de respiración, el perímetro torácico aumenta aún en el reposo.

Así llega a ser la carrera un ejercicio muy favorable al desarrollo del pecho y de los pulmones.

Hay que tener en cuenta la observación de René y aprender a respirar bien, lo mismo corriendo que andando, hablando que durmiendo.

Debe respirarse por la nariz y no por la boca. La respiración nasal, además de llevar a los pulmones el aire filtrado, tibio y húmedo, pone en movimiento todos los músculos torá-



CARRERAS DE ZANCOS EN EL INSTITUTO NACIONAL DE CIEGOS GENERAL ARTIGAS, DE MONTEVIDEO (URUGUAY)

cicos, tanto los respiradores accesorios como los principales. La respiración costal superior se añade a la inferior y la ventilación y la hematosi pulmonar se hallan ayudadas eficazmente.

La carrera deberá efectuarse con la boca cerrada y tras metódicos ejercicios respiratorios.

Primero, será lenta y de corta duración; después, gradualmente, se hará más larga y más acelerada, sin alcanzar la rapidez de las carreras de fondo. Los jóvenes ciegos cardíacos o bronquíticos, los adultos y los ancianos deberán evitar la carrera propiamente dicha y contentarse con la marcha a paso ordinario o acelerado, siendo ésta subordinada a las condiciones individuales o locales más favorables.

Toda vez que el ciego esté protegido o guiado, puede dedicarse a tal ejercicio en local cerrado como al aire libre, en terreno plano o quebrado, estando también recomendadas la carrera fingida y la maniobra de la bicicleta fija.

Podrán emplearse diversos ejercicios de marcha, pues cada uno favorece especialmente los sistemas respiratorio y muscular.



En el Instituto de jóvenes ciegos de Montpellier procedemos de la siguiente manera: en el patio de entrada, un hilo largo de hierro está provisto de bobinas adaptables a las manos de los niños. Estos toman cada uno su bobina, y a considerable distancia uno de otro, corren a lo largo del hilo. Así se hallan guiados y protegidos y pueden repetir cuantas veces quieran la carrera.

Este procedimiento es sencillo, poco costoso y favorable a todo género de marcha. Le recomendamos allí donde todavía no se haya puesto en práctica.

En suma, la carrera constituye un ejercicio gimnástico muy favorable al desarrollo torácico y respiratorio, y merece ser recomendada a los ciegos jóvenes.

Se puede practicar en todas condiciones, de diversas maneras y sin peligro alguno.

En los Institutos de ciegos servirán provechosamente las mencionadas bobinas resbalando a lo largo de hilo de hierro rígido.

Doctor TRUC

Catedrático de la Facultad de Medicina de Montpellier.

La ceguera irremediable y los oftalmólogos

LA ceguera es siempre triste en todos los casos, pero según a la edad en que sobreviene justifica gradaciones en esa tristeza. Los ciegos de nacimiento, y los que ciegan en los primeros días de su vida, no pueden, en forma alguna, compararse a los individuos que en la pujanza de su vida y en plena posesión de sus facultades y sentidos son, en un momento dado, sumidos para siempre en la obscuridad.

La suerte de los primeros es siempre más triste para el que tiene que convivir con ellos; en cuanto a la de los últimos... Debe ser un horror que no es posible describir. Y, sin embargo, por regla general, el ciego es alegre y divertido. Todo individuo, cuando piensa que puede cegar, afirma preferir la muerte a tal desgracia, jura que hará lo posible por poner término a su vida, caso de realizarse el infortunio, y por fin... la desgracia llega, rápida o lentamente, y con ella una resignación que nadie, ni aun el propio interesado, sospechaba que pudiera tener!

Y es mejor que así sea. Pero más admirable es el ver que no todos los que ciegan en una fase avanzada de su vida se conforman por mucho tiempo con el aplanamiento e inutilidad a que la ceguera los arrastra en las primeras semanas, tornándoles, casi, en desaparecidos del mundo de los vivos. Algunos hay, más enérgicos, que reaccionan y procuran reanudar, en lo posible, su vida anterior con el auxilio de la vista de otra persona.

No son muy numerosos estos casos, pero raro será el oftalmólogo, por no decir ninguno, que no conozca un ciego en estas condiciones. Y no quiero acudir a la Historia, donde se archivan multitud de nombres de ciegos célebres. De memoria podríamos citar: Homero, Milton, Juan de Luxemburgo, rey de Bohemia; Jorge V, rey de Hannover, etc., etc. Todos sabemos que, en los últimos siglos los ciegos han desempeñado cátedras: — Didi-mo, desempeñando una cátedra de Filosofía en Alejandría, en el siglo IV; Nicasio de Malinas, enseñando Derecho Civil, en Colonia, en el

siglo xv; Pierre Dupont, rigiendo un curso superior de Letras, en París, en el siglo xvi; Schomberg, ejerciendo idéntico cargo en Leipzig, en el siglo xvii; Sundersón, explicando Ciencias en Londres, en el xviii, y para hablar también del siglo actual, tenemos un profesor distinguidísimo en el curso superior de Letras, en Lisboa, el Sr. Oliveira Ramos. Aparte de la enseñanza, y como parlamentarios eminentes, recuerdo a Rodenbach, en el Parlamento belga; Fawcett, ciego desde los veinticinco años, que, trocando su carrera de abogado por la de periodista y resultando elegido miembro de la Cámara de los Comunes, fué nombrado después director general de Comunicaciones. Y como éste, multitud de casos en todas las profesiones, que de memoria no puedo citar.

Pero no es a éstos a los que me quería referir, sino a aquellos que todos los oftalmólogos encuentran en sus clínicas, y a los cuales han asistido en la pérdida gradual de la vista y a los que han preparado para la nueva situación sin caer en la inacción.

Yo conozco algunos en estas condiciones. Pocos, es cierto; pero en número bastante para impresionarse hasta el punto de pensar detenidamente en cuál debe ser la norma de conducta del oftalmólogo, en presencia de un enfermo amenazado de una irremediable ceguera. Dar esperanzas a los enfermos, en esas condiciones, entretenerlos con inyecciones de estricnina, electroterapia, o medicaciones internas inútiles, además de ser completamente estériles, no benefician, ni a la reputación del médico, ni al futuro bienestar del paciente.

La familia del enfermo insta siempre al clínico, para que instituya una medicación anodina y prometa un posible resultado satisfactorio, llegando a prohibirle que prevenga al enfermo de su verdadera y triste situación. Y la mayoría de los médicos ceden; yo mismo, en el comienzo de mi carrera no resistía a las súplicas.

Clasificannos de *humanitarios*; pero yo veo que los interesados clasifican nuestros hechos más tarde, como *verdaderas barbaridades*, no perdonándonos nuestras medicaciones inúti-

les y nuestras falsas promesas, las cuales impidieron que, conocedores a tiempo de su porvenir, aprovecharan el resto de vista que iban perdiendo lentamente, para adaptarse a su nueva vida.

Cuando pienso en esto recuerdo, como si lo estuviera viendo, la profunda impresión que sentí cuando en 1902, en una de las sesiones de la Sociedad Francesa de Oftalmología, a las que asistí, escuché a unos de sus miembros, el ilustre oftalmólogo francés Javal, ciego recientemente a consecuencia de glaucoma crónico, acusando en plena sesión a los compañeros y amigos que tan *humanitariamente*—decía él,—le tuvieron engañado hasta última hora, rogándoles encarecidamente que mudasen de proceder y que, en vez de consolar y engañar a los pacientes, procurasen prepararlos gradualmente para la triste suerte que los espera. Podía notarse en sus palabras un cierto dejo de tristeza contra su infelicidad. Yo no dudé en darle toda la razón.

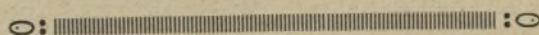
Y desde entonces para siempre, nunca más tuve la *humanitaria* idea de encubrir la ceguera a quien yo reconocía que en breve plazo la sufriría, y si hice la *barbaridad* de, gradualmente, poco a poco, anunciar y afirmar la necesidad de que se preparasen para ella.

¿Procederán así todos mis compañeros? Ellos responderán. Pero, aunque sea yo el único, estoy convencido de que no cambiaré de parecer.

Ramos de MAGALHAES

Médico oftalmólogo.

(De *Jornal dos Cegos*.—Trad. Zozaya.)



Si quiere usted proteger adecuada y dignamente a los ciegos, utilice sus servicios: son profesores, músicos, afinadores, venden periódicos y lotería, lámparas eléctricas, chocolates, té, cafés, azúcares, jabones y perfumes, ponen asientos de rejilla y enea, hacen trabajos de crochet y confeccionan cestas de todas clases. Todos estos servicios le serán á usted inmediatamente prestados con sólo solicitarlo de la Administración del Bazar de los Ciegos, Eguilaz, 5, principal.

La vida y los ciegos

SIMARRO

HA dicho Ortega y Gasset que en España hay una docena de profesiones conocidas. Pocas maneras de ganarse la vida. Dentro de esta circunferencia limitada se pueden usar los dientes. Mas a extrarradio de este anémico círculo está el desierto, ornado de famelias. Este es el tragicómico paisaje social en el cual figuran el hombre-máquina, que sin tener ideales come, y el hombre-sueños, cargado de paraísos, que se muere de hambre. Los inadaptados al círculo del pan, los desarmados en la lucha por la existencia—según los sociólogos—van caídos. El hombre cañón, de presa, vive regimiento, envuelto en las neblinas de la opulencia. Para poder vivir triunfantemente, hay que suprimir el corazón, estar con la fuerza u obrar en colectividad. Porque contra las individualidades, aunque con rebeldías leonas, van las fieras de la manada.



Simarro es un vagabundo solitario. Perdón por la redundancia. No obstante, su vida, sin accidentaciones teatrales, no se presta a un reportaje novelesco.

Es un largo y monótono sendero plagado de amarguras inacabables. Un personaje de novela en *exposición*, irreal a fuerza de doloroso.

El ciego Simarro es manchego. Por ironías de la suerte, de Villahermosa. Es acaso el hombre más trágico de las llanuras grises. Tierras de paz desesperante, de tinajas ocres y horizontes rectilíneos.

Es un ciego de *esprit* bohemio. Con su sombrero de ondulaciones románticas, aire de ex hombre y pelos amelenados.

Siempre envuelto en el lodo miserable de los más bajos fondos.

Es la estatua andante, gráfica, del dolor.



Hace unos años, Simarro imploraba una limosna en la calle de Alcalá. En este país donde hemos visto ciegos casi en la misma Puerta del Sol, que, de rodillas y con los brazos abiertos, pedían unos mendrugos.

Junto a la iglesia de Las Calatravas tenía su palacio de miseria. Vestía funerariamente, con levita negra y opulento sombrero de copa.

Se labró una extraña popularidad.

En la chistera de rey destronado, como esos reyes de países lejanos que figuran en los cuentos, exhibía una alba cartulina pintarrajeada con lemas morales y revolu-

cionarios. Principios de política roja, palabras de su vida trágicamente truncada.

Todos miraban al Prometeo amarrado.

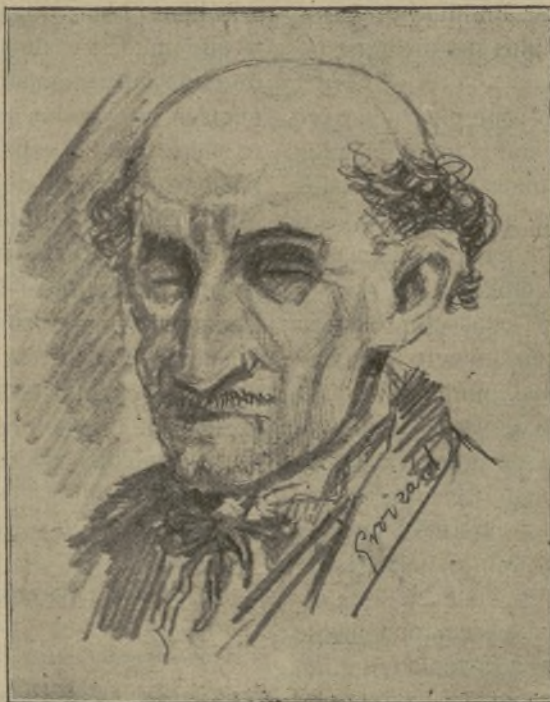
Nadie se detenía a remediar las lágrimas del ciego.

Porque la gente se esfuerza en consumir su vida en la frivolidad.

Una de sus cartulinas, tintadas de sangre petrolera, le llevo a la Cárcel Modelo.

Mi amigo Alberto de Segovia, Pedro Massa y yo le visitamos en su celda. Incensada del misticismo de su calvario.

Recitó versos, de un corazón y un lirismo



sano y verídico. Estrofas—algunas de ellas se publicaron en el *Heraldo de Madrid*—compuestas en sus descansos, mejor, suspiros de su corazón herido.

Hablaba en líneas generales de la civilización griega y latina. De los hombres onomatopéyicos y de los societarios.

Lloraba de alegría pensando que en días luminosos, solares, hubiera quien fuera a estrecharle la mano a la celda de criminal—¿?—que no obstante su delito le habían recluso.

Pobre ciego bohemio, mendigo de bolsillo, que con discos latinos iluminó la grisura húmeda y terrible de ese número glacial de una galería carcelaria.

—La luz es la vida: nos decía. La aurora es fuerza por su luz. Por ella cantan los pájaros al amanecer.

Era la hora del ocaso cárdeno—como depurado por el cansancio—cuando las sombras espirituales del ciego se hermanaban con las del crepúsculo. En una hermandad mortal.

«Simarro—me decía Las Heras:—es un solitario a quien su ceguera dió demasiado plétora de vida que no habiéndose aprovechado se ha desbordado en conferencias y en extrañas *piruetas*.»

Nada más cierto. ¡Cuántas energías ideales y amorosas, de acción, se desperdician en la vida!

Es un caso excepcional, de patología social, que *un intelectual*, sin dinero, tenga gracia y talento. El billete es la gran palanca para reinar. La mirada humana es tan superflua y egoísta, que no se para a mirar el verdadero mérito.

Todos somos rebaño plagado de fuerzas rutinarias y subconscientes.

Simarro, apenas salido de la cárcel, empezó su vagamundaje por los pueblos. Daba conferencias literarias y de propaganda republicana, de las que sacaba unos mendrugos para ir tirando por esos caminos pueblerinos. Exodo, simpático y heroico. Lucido y neurasténico, absurdo e incoherente, amargo espectáculo de un desgraciado que opera en las tinieblas.

Sus peroraciones demagógicas asustaban a los buenos contertulios de los Casinos de las villas muertas. «Yo dispongo de un gran partido—suele decir en sus horas de paradoja—que el día que movilice mis huestes salvarán a la patria.»

Buenas e ilusorias huestes nos dé Dios.

No se le oye hablar del *problema del ciego*, sino de la salvación de España.

Hermoso altruismo de un hombre que no dispone sino del día y la noche. Anhela una depuración de los caudillos de las *filas rojas*. «Si yo fuera al Parlamento—añade—diría cosas tremendas de aquella gente».



Una noche seguí los pasos del ciego de Villahermosa. Excursión agua-fuerte, de interminables «zig-zag» al través de las calles. Siempre preguntando e interrogando. Hablando solo en unos soliloquios de hielo. Pensé con espanto en ese extraño mundo de hiperestesiás, sin colores ni armonías, abordando constantemente el peligro. Oyendo el rumbor del tranvía, los ronquidos desenfrenados y antiestéticos de los autos. En ese mundo negro, intensificado por los subjetivismos, bajo la presión paisajésca del aire y de la luz.

¡Oh sociedad! Sé justa. Apíadate de este hombre sumido en todas las sombras.

Viajero en un inacabable y desolado desierto y apíadate de los demás que, como él, no ven, cuyas vidas se desquiciarán si no cuentan de antemano con tu atención comprensiva y eficaz.

Entonces veíamos el egoísmo secular de la calle. Con sus descorazonadas fuerzas y sus gestos de zarpa. El rebaño humano: inexorablemente excitado por los colores y la luz. Maldito lazarillo del Tormes que inhumano y pícaro de ahorcar, con sus engañosas, atormentaba y hería a su amo.

Ibamos caminando junto a *El Hermano Ciego*. Harapiento, decaído. Aunque sin los mismos paralelismos de dolor.

«¿Si yo hiciera una excursión—me digo—al través de la ciudad con los ojos cerrados?»

Imaginándomelo se me hiela el alma. Pero entonces, tonificado el interior, veía con ojos respetuosos las páginas solares. Unos momentos andando *a tientas*—en una llanura segura—me parecía que siempre me aproximaba al abismo.

Mis nervios tropezaban con todo. Hasta con los árboles de las lontananzas.

Me asesinaban unos hombres que, en el horizonte, se dibujaban como pacíficas siluetas.

Antonio M. CUBERO

Dibujo de Groizard.

GLOSARIUM

EL ESFUERZO

por Mauricio Bacarisse

Admirados hemos leído esta primer obra de nuestro buen amigo y compañero de Redacción Mauricio Bacarisse. Es un libro de versos de un preciado poeta, humano e intenso, guiado por motivos y emociones que nos descubren al libro de las sombras.

El esfuerzo es un libro de recopilación de trabajos en el que se ve la evolución sufrida por su autor desde el 1912 hasta hoy: está hecho con sentimiento, con inteligencia y con incrustaciones culturales; lease Nietzsche. Con un alma extraradio de ciertas vulgaridades. Mauricio Bacarisse es un espíritu atento a las realidades cotidianas, fotografiándolas humanamente saturándolas de sus esfuerzos anhelantes e ilimitados. «Este noble deleite—nos dice en su poesía *Nisus*—de sudar y esforzarme.»

Bacarisse es el Pio Baroja de la poesía. Admirable observador e intérprete de las vidas humildes, trágicas, de los conflictos societarios; así son *La cojita de las injurias* y *La manifestación de hambre*. Tiene la fortaleza de Walt-Whitman. Ha sabido ver el Madrid sombrío; de las fábricas, de los talleres, de los mendigos y de la miseria y en esta visión humana y dolorida ha visto a los ciegos de la calle y a cantado a la *Salomé de San Martín*, panorama de la ciega sombría, de la iglesia sórdida, vegetando en el soportal gris, y al *Lazarillo del Cíclope*, perro real de un mendigo ciego más frío y más real todavía.

Sus estrofas de poesía social miran y plantean las amarguras económicas, arapientas de todos los desterrados.

Y todo esto en un estilo muy nuevo y muy antiguo, muy científico y muy de corazón.

Alégranos el contar con este amigo y con su arte personal y nuevo.

LA EXPOSICIÓN DE HUMORISTAS

Recientemente se ha clausurado el salón IV de Humoristas, y entre los diversos cuadros de esta exposición, unos llenos de gracia, otros de técnica y algunos de colores brillantes y modernos, había tres relacionados con la ceguera: dos de Aguirre, un óleo representando la tragedia y la quietud de un ciego mendigo, *Pobre ciego*, y un dibujo francamente humorista, *Competencia de oficio*, en el que se ve el contraste de las palabras de unos ciegos que mendigan a la puerta de una iglesia, y un dibujo de J. Ibáñez, que es una caricatura de Pérez Galdós, ciego y con un perro de lazarillo.

LA CRUZ DE LOS ROSALES

por Zacarías López Debesa

El día 6 del actual se estrenó en el teatro Martín, de esta corte, la zarzuela en un acto y tres cuadros así titulada, y cuya música está compuesta por nuestro amigo y compañero de redacción, el gran ciego Zacarías López Debesa.

La letra, de costumbres aragonesas, en las que se desenvuelve un drama pasional, es elevada y realzada por los acordes sentidos y delicados de este compositor ciego, que no ha podido hacer más que estar por encima de la obra, de la orquesta y del ambiente del teatro.

Nosotros felicitamos muy cordialmente a nuestro amigo y con él lloramos en esta estepa desierta, en la que los más grandes y nobles esfuerzos no pueden aspirar a más de tocar en un café, estrenar en Martín y dar lecciones particulares, mientras que las cátedras y los triunfos de primera línea se reservan para otros, quizá con más suerte, pero seguramente con menos méritos.

A. L.

ECOS

Un sabio francés, cuyo nombre nos reservamos, dice tener terminado el estudio y planteamiento de un aparato capaz de reemplazar a los ojos en la importante función visual. El debe apoyarse en la opinión de que hoy nos habla nuestro amigo y entusiasta colaborador Dr. Max Nordau.

Poseemos algunos vagos detalles sobre este nuevo descubrimiento y estamos gestionando todo lo necesario para ocuparnos de él como se merece por su importancia y trascendencia científica y social.



Con objeto de proporcionar un precioso instrumento de trabajo a los ciegos, víctimas de la guerra, que se dedican a la avicultura, la Asociación Valentín Haüy dirige un llamamiento a los investigadores, y sobre todo a los constructores especialistas, y ofrece un premio de 1.000 francos al que presente el mejor modelo de termómetro que permita apreciar la temperatura, con un error que no llegue a un grado y mediante el tacto.

Se exige, no un proyecto, sino un aparato terminado y en condiciones de funcionar, para que pueda juzgarse de su valor práctico y sobre todo de si es adecuado a quienes lo han de utilizar.



Los Ciegos

por R. Maluenda

(Dibujos de Adela Carbone.)



CONTINUACIÓN

Pero esta tarde no están alegres los tres ciegos. Fué Martín quien propuso el paseo, y, sin embargo, dos veces durante la marcha insinuó la idea de volver atrás. Mas, tenían los gemelos tantos deseos de echar sobre el pasto oloroso sus cuerpos cansados, que la caminata se hizo sin el contento de otras veces... Y hélos aquí, taciturnos, oteando con el rostro hacia la campiña soleada que se espacia a su frente.

—¿Nos sentamos?—propone el niño de los cerrados párpados.

Asiente el hermano, y los dos se echan sobre la hierba. Martín, de pie, busca en los bolsillos de su chaqueta, saca un cigarro, lo enciende y fuma.

—Yo no podré fumar nunca,—afirma uno de los gemelos.

—Dicen que el gusto del cigarro es ver subir el humo; es como un olor pesado, nada más...

—Por eso sube... Fíjate que todas las cosas que son olores de plantas y de flores, suben...

—Y el tabaco lo sacan de una flor...

—¿Hace mucho tiempo que aprendistes a fumar, Martín? ¿Quién te enseñó?

—No se enseña, se aprende solo.

Se desperezan los dos gemelos sobre la hierba. Uno dice:

—¿Oyes? El río allá y aquí un grillo... Escucha.

De lejos llega, suave, muy suave, el rumor del río. Un grillo canta entre los hierbajos. Y aquel son pausado y lento de las aguas, apenas perceptible en los giros del viento, finge una melodía triste sobre la cual desgrana el insecto las temblorosas notas de su flautín. Sólo los ciegos pueden apreciar la sutil armonía de aquella música; acaso sea ilusión, pero sus oídos recogen la agreste melodía y llevan, con leve oscilar de sus cabezas, el compás de la cantata imperceptible.

—Ahora. Escucha...

En suave crescendo, el roce estridente de los élitros de una chicharra ha venido a mezclarse en la primitiva armonía. Y así, emergiendo del aire y de la tierra, perciben los ciegos nuevos sonos que se ingertan, que se arrastran, que se funden sobre el sereno cantar del río. Y envueltos en aquella armonía humilde y poderosa, extienden el cuello, pareciéndoles, tal vez, que todo el espacio es como una gran caja sonora en cuyo centro se han sentado ellos a escuchar.

Martín, les dice de pronto.

—Yo voy a irme antes.

—¿Cómo?

—Que voy a irme antes al «Bar». Tengo que hablar con el patrón...

—Pero si es muy temprano y a esta hora dicen que no está...

—Sí está.

No le discuten. Él les propone:

—Ustedes pueden quedarse hasta la hora que quieran. Yo los espero allá. No tienen por qué apurarse—les previene—váyanse a la hora de siempre...

Los gemelos no le contestan y se quedan en silencio, recogiendo el ruido de los pasos de Martín, que se aleja de prisa, haciendo crujir la hojarasca.

Cuando lo adivinan ya lejos, el ciego de la rubia cabellera empieza confidencialmente:

—Yo sé por qué Martín se ha ido a esta hora...

Y hace su declaración en voz baja, aproximando su cabeza a la del hermano, como si temiera que alguien pudiera sorprender aquella su grave revelación.

III

Mientras tanto, aquel de quien se habla se aproxima al pueblo; ha cruzado el campo de prisa, hace otro tanto con las dos o tres callejas que conducen al «Bar» y sólo modera su andar impaciente cuando se advierte delante de la puerta-mampara del establecimiento.

Entra con lentitud: ni un ruido se escucha en la sala desierta a esa hora. Da algunos pasos, y va a volverse cuando un acento sorprendido, que parte de un extremo, lo detiene.

—¿Usted por aquí? ¿Por qué ha venido solo?

—Buenos días, Rosita.

—Acérquese. ¿Y Julio y Manuel, no vienen?

—Sí, más tarde. Yo tenía que hacer en el pueblo y les dije que iba a esperarlos aquí... Si no la molesto...

—No. ¿Trajo su violín?

—Lo traerán ellos.

De pie detrás del mostrador, la Rosita contempla al ciego. Tiene algo de maligna curiosidad la expresión de aquellos ojos clavados en

el semblante del músico. Martín la siente silenciarse y orienta hacia ella sus ojos, en donde las glaucas pupilas tiemblan como dos gotas de agua. No puede verla, pero la siente, siente sobre sí el hechizo de aquel rostro de mujer, el cálido aliento de su boca; y como si todo eso que sus sentidos recogen con avidez, lo azuzara, le suplica:

—¿Es cierto que usted y Vicente...?

—¿Qué?

—Es que me lo dijeron y, la verdad, me ha dado pena.

Ella no le responde; lo mira, lo mira, lo mira...

Y él, partiendo de las certidumbres que le ofrece aquel silencio aquiescente, sigue hablándola:

—Porque Vicente no la quiere... Le juro que no la quiere... ¿Para qué fué a hacer eso?

—Una mujer no puede vivir sola, Martín; alguien tiene que mirar por ella en el mundo.

—Sí, pero él no... Después va a ver; la hará sufrir, la tratará mal... ¿No ve que no tiene compasión?

—¿No se ofende Rosa por cuanto él le dice? No, al contrario, su acento es suave para responderle y hasta se dijera que habla con pena. Acaso la voz del músico, afectuosa y temblona, le evoca ternuras con que soñó alguna vez, deseos que nunca pudieron realizarse y que de seguro ya no se realizarán...

—Mire; yo, porque no esté con él, no sé lo que haría. Yo me puedo valer solo y trabajaría para usted. Aquí no, es claro, pero en otra parte sí. ¿Ha estado usted en Santiago? Allí los músicos tienen siempre trabajo y se vive mejor...

Ella no le responde; con repentina efusión coge las manos del ciego y las oprime entre las suyas. Es que ha comprendido y, mujer, acaso siente lástima por aquel ser que se le ofrece en todo su desamparo.

Lo detiene en su súplica:

—No hable así, Martín. ¿No ve que no puede ser?

Pero él no la escucha ya; estrecha a su vez las manos que se ofrecieron a las suyas, las estrecha hasta hacerlas sufrir.

—Martín, suélteme, suélteme, ¡por Dios! ¿Qué tiene?

—Pero, oiga, ¡óigame! —clama él, perdido en su afán.

—¡Suélteme, que puede llegar...!

Ha bastado. El ciego deja de oprimir aquellas manos esquivas y se vuelve hacia la puerta con medroso movimiento. Tiembla como un azogado y ella lo mira, lo mira temblar...

IV

Pasan los días. Los gemelos han advertido el mutismo en que se ha encerrado su compañero, y aunque—por referencias del patrón, que no concluye de reírse del arranque amoroso del ciego—algo saben de lo acaecido entre él y Rosa, y se sienten inquietos por lo que pueda sobreve-

nir, se guardan de interrogar a Martín, temerosos de incurrir en su desagrado.

Van al «Bar», ejecutan su trabajo, retornan a la vivienda. En apariencia nada turba su vivir de siempre; persona extraña no advertiría visible cambio en Martín, cuya opaca actitud nada revela. Pero los niños, sí. Los dos gemelos sienten aquel sufrir callado; para ellos tiene un eco doloroso la acelerada respiración de su amigo; son como acentos tristes sus pasos, y es incesante queja aquel suspirar contenido. No le hablan, abrigan temor de hacerlo; pero cuando llega la noche y cae un gran silencio sobre el arrabal, tienden el cuello desvelados escuchando los sollozos que parten desde el oscuro rincón.

Amanece. La luz, que ellos no ven, marca un nuevo día. El traqueteo de las carretas que cruzan la callejuela señala a los ciegos la nueva jornada. Se levantan; tienen frases amigas y se atreven a proponer al compañero:

—Si no estás bueno, Martín, mejor es que te estés en cama. Nosotros tocaremos solos esta noche en el «Bar».

—Yo cantaré,—añade el niño de los ojos blancos.

Martín les responde:

—No; tengo que ir...

Pero una noche no pudo más aquel corazón.

Dormían los dos gemelos; rumor alguno turbaba la quietud del arrabal. De pronto los niños se despertaron azorados, medrosos, heridos por un acento que clamaba junto a ellos:

—¡Ay! Si yo pudiera ver, si yo pudiera ver...!

—Martín, ¿qué tienes? ¡Por Dios!

—¿Qué hay?

Fué un instante angustioso; con súplicas, con ruegos, con halagos inocentes que les sugería el miedo, procuraban los dos niños calmar la exaltación del amigo. Se habían aproximado a su camastro y entre sus manos temblaban las manos ardientes de Martín.

—¡Si yo pudiera ver...!

Y roto el dique de aquel silencio que lo ahogaba, habló el mozo, poniendo espanto en el corazón de los niños.

—Si yo viera, lo mataría... Es cobarde, sí; si nos amarraran juntos, ¿creen que tendría miedo? Lo mataría... ¡juro por Dios! Ese día debieron dejarlo que me pegara. Sin él la Rosa me querría.

—No, Martín—suplica uno de los gemelos,—tampoco te querría, porque la Rosa se ríe de los hombres...

—¿Quién te ha dicho eso?

—El patrón lo ha dicho...

—¿Qué sabe él! Si el patrón supiera lo que ella me ha dicho a mí... Pero si yo he tenido aquí sus manos; si una vez me... Hay cosas que yo no más sé... Pero ella le tiene miedo y no se atreve... Ya ven, cuando él no está, ella es muy distinta conmigo, muy distinta... En esos días que él estuvo afuera... bueno, hay cosas que yo no más sé...

(Concluirá.)



COMPAÑÍA DE SEGUROS "IRIS,,

CAPITAL: 5.000.000 DE PESTAS :-: ESCUDOS: 1.000.000

Casa Central:

Rua Arco do Bandeira, 231, 1.º Lisboa-Rocio

Teléfono 386. Telegramas: IRIS.--Code Used Riveiro y A. B. C.

Delegación General en España: Mayor, 16, pral., MADRID

Teléfono M-953.—Apartado núm. 725.—Dirección telegráfica y telefónica: IRISIS

CODE USED A. B. C.

Delegado General: D. JENARO LAS HERAS

EN ESPAÑA TRABAJA SOLAMENTE EL SEGURO MARÍTIMO Y TIENE
AGENCIAS EN TODOS LOS PUERTOS DE MAR

GRAN CAFÉ ESPAÑOL

Carlos III. 1. MADRID

Servicio esmerado. Cocina reputada. Billares de precisión. Grandes conciertos de música clásica y moderna todas las noches y días festivos por la tarde.

La máquina de escribir marca **ROYAL**
supera á las de las demás marcas, por ser



La de construcción más sólida.

La de escritura más visible.

La de más perfecta alineación.

La única para aprendizaje rápido de ciegos.

La más económica de precio

Y POR ELLO LE DARÁ INCOMPARABLE RESULTADO SOBRE NINGUNA OTRA.—Concesionarios exclusivos para la venta en toda España:

TRUST MECANOGRÁFICO ☙ Montera, 29 ☙ MADRID



EL ATLAS

Compañía Anónima Española de Seguros Marítimos,
de Transportes y de Valores

Domicilio social: Prim, 5. -- MADRID

Director-gerente: Alberto Marsden

Esta Compañía tiene constituido en la
Caja General de Depósitos para garantía
de sus asegurados en España, en valores
del Estado español, el depósito máximo
que autoriza la Ley.



LLOYD DE ESPAÑA

Compañía Anónima de Seguros Marítimos, Transportes y Valores

DOMICILIO SOCIAL:
Prim, núm. 5.--MADRID

DIRECTOR GERENTE:
D. Alberto Marsden

Esta Sociedad establece **cuentas en participación** con todas las personas y entidades que lo soliciten en la cuantía que cada una fije de antemano. Con este nuevo sistema de operar, ofrece, entre otras muchas ventajas, las siguientes:

A LOS ASEGURADOS.—Facilidad para contratar los negocios de seguro marítimo y de transporte en general, por importante que sea la cantidad de la operación. **Seguridad y rapidez** en las liquidaciones de siniestros y averías.

A LOS SUSCRIPTORES.—Participación directa en el negocio de la Sociedad y en la proporción que fije el interesado. **Liquidación mensual de los beneficios**, que corresponden a cada partícipe por los negocios realizados.

Facultad para inspeccionar en todo momento la Administración de la Sociedad. Todo **sin desembolso de capital alguno** y con el máximo de garantía y seguridad que permiten estas operaciones.—Pídanse solicitudes y detalles en las oficinas: **PRIM, 5.—MADRID**

Imprenta Hispano-Alemana, Jordán, 8.—MADRID